

Manuales y Anejos de «Emerita» – XLI

---

Τῆς φιλίας τάδε δῶρα  
Miscelánea léxica en memoria de  
Conchita Serrano



Consejo Superior de Investigaciones Científicas



## Los nombres de la lechuza. Herencia y superstición

Los nombres de los animales suelen conservar el poso de las motivaciones que generaciones de hablantes han ido dejando en ellos<sup>1</sup>. Algunos, los que corresponden a animales domésticos de utilidad para el hombre, reciben una denominación unívoca al amparo de la lengua normalizada, pero hay otros muchos que escapan en cierta medida a esa uniformidad. Es el caso de la lechuza, cuyos nombres podemos rastrear a través de los materiales geolingüísticos. En ellos *lechuza* tiene una extensión considerable apoyada en la lengua normativa, pero se encuentran otros, también relacionados con las creencias y las supersticiones que rodean a los distintos tipos de *Strix*<sup>2</sup>.

La base semántica de estos nombres hay que buscarla en su condición de ave nocturna, cargada por ello de connotaciones que recuerdan los siglos de terror de los pueblos agrícolas a la oscuridad. Noche, oscuridad, muerte y fuerzas del mal han estado siempre vinculados en la mente popular<sup>3</sup>. En las didácticas ilustraciones de los manuscritos medievales se simbolizaba al demonio en la figura de un simio cazador a la busca de almas, representadas por pájaros posados en los árboles, acompañado a menudo por un búho, ave de la familia de la lechuza que por su amor a lo oscuro se consideraba el paradigma del enemigo de la verdad<sup>4</sup>. Y como la lechuza, ya lo señaló Aristóteles, «busca su comida de noche y raramente se la ve de día»<sup>5</sup>, a pesar de

<sup>1</sup> P. García Mouton, «Motivación en nombres de animales», *Lingüística Española Actual* IX, 1987, pp. 189-197.

<sup>2</sup> A veces compartidas por aves emparentadas con ella, como el búho, el cárabo o el mochuelo. V. el catálogo que s.v. *lechuza* aparece en el *Diccionario de uso del español* de María Moliner, Madrid, 1998<sup>2</sup>. Sobre las confusiones entre unos y otros en la identificación, v. K. Whinnom, *A Glossary of Spanish Bird-Names*, Londres, 1966, especialmente el apartado «Spanish names (iiii): an excursus on owls», pp. 13-17.

<sup>3</sup> R. Violant y Simorra, «Los animales de color negro en las supersticiones españolas», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* IX, 1953, pp. 272-328.

<sup>4</sup> B. Rowland, *Animals with Human Faces. A Guide to Animal Symbolism*, Knoxville, 1973, p. 12.

<sup>5</sup> Aristóteles, *Investigación sobre los animales*, introd. C. García Gual, trad. y notas de J. Pallí Bonet, Madrid, 1992, Libro X, p. 511 (616<sup>b</sup>26).

ser beneficiosa para la agricultura, pues se alimenta de roedores, lagartos, gorriones, urracas, etc.<sup>6</sup>, ha sido perseguida sin piedad por los campesinos, que la han hecho depositaria de miedos ancestrales. Su extraña apariencia, toda ella cabeza, blanquecina en medio de la oscuridad, su inmovilidad y su fija mirada han contribuido a alimentar una leyenda de fantasma.

La cultura clásica, si bien nos ha legado la imagen de la lechuza como símbolo del estudio y de la sabiduría, y le atribuye inteligencia y recursos<sup>7</sup>, atesora testimonios muy antiguos, recogidos por S. Oliphant<sup>8</sup>, a través de los que se la identifica como ave del infierno, tan rechazada como el búho y el buitre. Se asocia con ellos en la metamorfosis de Polifonte, hija de Hipónoo y Trasa, a la que Afrodita castigó por seguir a Ártemis, haciéndola enamorarse locamente de un oso, del que tuvo dos hijos, Agrio y Oreio, tan fuertes como insolentes. Zeus envió a Hermes a castigarlos, pero Ares los salvó. Sin embargo, Polifonte fue convertida en una *strix*, ave que en principio parecería corresponder a una lechuza de rasgos mezclados con los del murciélago, y sus hijos, en sendas aves nocturnas, ávidas de carne y sangre, y odiadas por todos —que se identificaron con el búho y el buitre. Mucho más tarde, Ovidio reelabora también la condición nocturna de la lechuza convirtiéndola en Nictímene, “la nocturna”, hija de Epopeo, rey de Lesbos, transformada en la lechuza sagrada de Minerva como castigo por su relación incestuosa con su padre y condenada a ocultar su culpa en las tinieblas de la noche<sup>9</sup>.

De los nombres que se le dan en el ámbito castellano, *lechuza* es el más extendido. Del Rosal<sup>10</sup> ya relacionó esta voz con el latín *noctua* al escribir: «*Lechuza*, corrupto de *Nochuzza*, Ave de la Noche, que el Latíno asimesmo llama *Noctua*, y el Montañés *Nuetiga*», etimología que retomaron Corominas y

<sup>6</sup> G. Guérin, *La Vie des Chouettes* (Encycl. ornithologique), II, París, 1932, pp. 220-6.

<sup>7</sup> Aristóteles, *ibidem*.

<sup>8</sup> S. G. Oliphant, «The Story of the Strix: Ancient», *Transactions and Proceedings of the American Philological Association* 44, 1913, pp. 149, y «The Story of the Strix: Isidorus and the Glossographers», *ibidem*, 45, 1914, pp. 49-63. El recuerdo de esta metamorfosis de Polifonte se encuentra en Ovidio, Séneca y Estacio, que asocian *strix*, búho y buitre.

<sup>9</sup> P. Ovidio Nasón, *Metamorfosis* II 591ss., ed. de A. Ruiz de Elvira, Madrid, vol. I, 1992<sup>5</sup>, p. 69: «¿Es que no has oído hablar del suceso que todo el mundo sabe en Lesbos, de que Nictímene deshonoró el lecho de su padre? Ave es ella, desde luego, pero por conciencia de su culpa evita que la vean y huye de la luz, oculta su vergüenza en las tinieblas y todo el mundo la expulsa de la atmósfera entera».

<sup>10</sup> F. del Rosal, *Diccionario Etimológico*, ed. E. Gómez Aguado, Madrid, 1992, s.v. *lechuza*.

Pascual en su *DCECH*<sup>11</sup>, donde recogen documentación sobre *nechuza* y *lechuza* en los siglos XIII y XIV. Un hipotético \**nochua* (<*noctua*) habría evolucionado, con sufijo despectivo, a *nochua*, *nechuza*, y de ahí a *lechuza*. Esta hipótesis parece consolidarse con los testimonios cántabros de *nuética*, *nuétiga*, *nétiga*, *nétigua*, *nétoba*<sup>12</sup>, *nuétaga*<sup>13</sup> — que conviven con *létigua* y *luétiga*—, formas vivas con *n-* inicial y sufijo en zona de origen del castellano, y con otras formas paralelas como el *noutarega* de Hermisende (Zamora), el *nueta* de Tierra de Campos o el *ave de noite* de Porzún (Asturias), que recuerdan la «Lechuza ave de la noche» de Nebrija<sup>14</sup>.

Ahora bien, cabría preguntarse por qué se perdió la relación semántica de la voz con la idea tan importante de ‘noche’. El *DCECH* explica que *lechuza* surge de la contaminación con la idea de ‘leche’, porque una de las supersticiones populares atribuye a esta ave la costumbre de abalanzarse sobre los niños que están en la cuna con intención de amamantarlos y “corromperlos”; y aquí se cruzarían los rasgos del murciélago —animal nocturno también y mamífero— y los de la lechuza, cuyo nombre árabe *Umm as-Sibyan* puede traducirse como ‘madre de los niños’. No cabe duda de que, al menos en origen, tuvo que existir un lazo que haría transparente desde el punto de vista semántico esta relación, como aún se puede percibir en el significado actual de *lechuzo*, que, como simple derivado de *leche*, es el nombre que se da al mulo que no llega al año, porque todavía mama<sup>15</sup>, y también es adjetivo para ‘goloso’. Y quizá pudiera relacionarse igualmente con el nombre que la lechuza recibe en Igüeña (León): *cabra llouca*.

Para el ornitólogo Francisco Bernis esta etimología carece de sentido, porque no tiene apoyo en ningún comportamiento real de la lechuza<sup>16</sup>. Como

<sup>11</sup> J. Corominas y J. A. Pascual, *Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico*, I-VI, Madrid, 1980-1991, s.v. *lechuza*.

<sup>12</sup> M. Alvar, *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Cantabria*, Madrid, 1995, mapa 638.

<sup>13</sup> R. Penny, en su *Estudio estructural del habla de Tudanca* (Tübingen, 1978, pp. 56 y 149), recoge esta forma como nombre no de la lechuza, sino del cábaro.

<sup>14</sup> E. A. de Nebrija, *Vocabulario español-latino*, Madrid, 1989 (reprod. del facsímil de 1951). Para las escasas referencias que no proceden de atlas publicados, utilizo los materiales de encuesta del *Atlas Lingüístico de España y Portugal*.

<sup>15</sup> También se da en femenino, según recoge J. De Lamano Beneite en su *Dialecto vulgar salmantino*, Salamanca, 1915 (edición facsímil de 1989).

<sup>16</sup> *Diccionario de nombres vernáculos de aves*, Madrid, 1994, s.v. *lechuza*: «Buscando tres pies al gato, Corominas postula un antiguo *nechuza* de un manuscrito escurialense, aunque como hacemos ver abajo ya desde el s. XIII todos los autores usan *lechuza* como verná-

superstición popular no la he encontrado viva en España, si bien gozó de gran arraigo en la tradición clásica, como se puede comprobar siguiendo el documentado trabajo de Oliphant. En el *Liber Medicinalis* de Quinto Sereno Sarmónico hay un capítulo titulado *Infantibus dentibus vel strige inquietatis*, en el que se alude a la autoridad de Titinio al recomendar ajo contra las *striges* que atacan a los niños que están echando los dientes:

Praeterea si forte premit strix atra puellus  
 Virosa immulgens exertis ubera labris,  
 Alia praecepit Titini sententia necti,  
 Qui veteri claras expressit more togatas<sup>17</sup>.

Estos datos pueden hacer pensar, junto con el hecho de que *strix* sea el nombre de la bruja y el que designa también al orden de las lechuzas, que se trata de un ave fantástica que no tiene correspondencia con ninguna real. Pero la descripción que Ovidio hace de ella se ajusta bastante, en contra de lo que defiende Oliphant, a la que se pudiera hacer de la lechuza:

Sunt avidae volucres, non quae Phineia mensis  
 Guttura fraudabant, sed genus inde trahunt;  
 Grande caput, stantes oculi, rostra apta rapinae:  
 Canities pennis, unguibus hamus inest.  
 Nocte volant, puerosque petunt nutricis egentes,  
 Et vitiant cunis corpora rapta suis.  
 Carpere dicuntur lactentia viscera rostris,  
 Et plenum poto sanguine guttur habent.  
 Est illis strigibus nomen; sed nominis huius  
 Causa, quod horrenda stridere nocte solent<sup>18</sup>.

culo de ave. Dicho autor se agarra al *noctua* latino para derivar *nochuza*, con el precedente de un *nueta* o *nuétigo* que dice existir todavía hoy en hablas del norte de España [nosotros recogimos *netobá* y *nuetobá*, pero como vernáculos asignables a otra Estrigiforme]. El paso de *nechuza* a *lechuzas*, según Corominas, se basaría en algo tan fantástico como que “la lechuza gustaba de echarse sobre los niños de teta como si los amamantara”.

<sup>17</sup> «Además si acaso la siniestra (oscura) lechuza oprime a los niños, introduciendo sus ponzoñosos pechos entre los labios abiertos, prescribe ajos la sentencia del muerto Titinio, que compuso brillantes comedias togadas según la costumbre antigua».

<sup>18</sup> Ov., *Fast.* VI 131ss.: «Son aves ávidas, no las que defraudaban en la mesa la garganta de Fineo, pero proceden de ellas. Cabeza grande; ojos fijos; picos aptos para la rapiña; canicie en las plumas, sus uñas son un garfio. Vuelan de noche y buscan a los niños que necesitan nodriza, y vician los cuerpos arrebatados de sus cunas. Se dice que cogen con sus picos las vísceras de los niños de pecho y tienen su garganta llena de la sangre bebida. Se llaman lechuzas (*striges*), pero la causa de este nombre es porque suelen cantar estridentemente en la noche horrenda». Y a continuación sugiere que pudiera darse el caso de que no fueran aves, sino viejas brujas con apariencia de aves. En su traducción de los *Fastos* (Madrid, 1988), B. Segura

Plinio el Viejo apunta que en esta pretendida costumbre de las lechuzas debe tratarse de una creencia fabulosa:

Fabulosum enim arbitror de strigibus ubera eas infantium labris immulgere; esse in maledictis iam antiquis strigem convenit, sed quae sit avium constare non arbitror.<sup>19</sup>

Pero, mucho después, lo fantástico de esta misma creencia lo retoma San Isidoro, sin su sentido cruel y obsceno, cuando escribe:

Strix, nocturna avis, habens nomen de sono vocis. Quando enim clamat stridet...Haec avis vulgo dicitur Amma, ab amando parvulos, unde et lac praebere fertur nascentibus.<sup>20</sup>

Y aparece también en los nombres mozárabes de la lechuza *mamáyra* y *mammáira*, que sin duda hacen referencia, como ya señaló Simonet, a la relación de la lechuza con los lactantes<sup>21</sup>.

Esta relación no sólo procede de los textos clásicos, parece creencia común a todo el Mediterráneo y se encuentra ampliamente documentada en el mundo árabe, tanto en Oriente, como en Malta, Marruecos o Túnez. En Marruecos la establece una bruja bajo forma de lechuza con tetas de cabra lle-

---

Ramos traduce: «su nombre es "vampiro" (*striges*)» (p. 205), movido sin duda por la afirmación de que beben sangre. Sin embargo, no es fácil conciliar la imagen del vampiro con la descripción anterior.

<sup>19</sup> Plin., *Hist. nat.* 11.232: «Pues pienso que es fabuloso acerca de las lechuzas que éstas introduzcan sus tetas entre los labios de los niños; se está de acuerdo en que la estrige está ya entre los antiguos seres malditos, pero no pienso que conste cuál ave es».

<sup>20</sup> Isid., *Orig.* 12.7.42: «La estrige, ave nocturna, que tiene este nombre por el sonido de su voz. Pues cuando canta es estridente. Se llama esta ave vulgarmente Amma, de amar a los niños, por lo cual también se dice que ofrece leche a los recién nacidos».

<sup>21</sup> F. J. Simonet, *Glosario de voces ibéricas y latinas usadas entre los mozárabes*, Madrid, 1889, s.v. No hay que olvidar los nombres de otra ave nocturna, el *chotacabras* (literalmente 'mamacabras'), también relacionado en la mente popular con la leche, en este caso de las cabras, de las que se cree que mama. Su nombre científico es *Caprimulgus europaeus*, pertenece a las *Caprimulgidae*, y mantienen la misma idea sus nombres vulgares, no sólo en alemán *Ziegenmelker*, sino también en inglés *goatsucker*, holandés *geitenmelker*, danés *gedemalker*, italiano *succiacapre*, francés *tettechèvre*, catalán *xuclacabras*, portugués *chupacabras*, rumano *mulge-capre*, etc. (v. H. Bächtold-Stäubli y E. Hoffmann-Krayer, *Handwörterbuch des deutschen Aberglaubens*, Berlín-Nueva York, 1987, 10 tomos, s. v. *Ziegenmelker*). Como se cree que roba la leche del ganado, recibe el nombre de *engañapastores* en español, y otros semejantes en inglés y en dialectos italianos y franceses. Según me señala Samuel G. Armistead – quien, con su habitual generosidad me ha facilitado materiales sobre la lechuza, el *chotacabras* y las supersticiones relacionadas con ellos – idéntica motivación existe en el turco *çobanaldatan* (*New Redhouse Turkish-English Dictionary*, Estambul, 1968, p. 268).

nas de sangre; si un niño llega a mamar de ellas, morirá. En Túnez es el siniestro rey de los murciélagos el que se disfraza de nodriza y, si consigue dar de mamar al niño durante la noche, éste muere y pasa a convertirse en murciélago<sup>22</sup>. Samuel Armistead ha recordado por escrito<sup>23</sup> cómo, en una de las campañas de trabajo de Américo Castro entre los judíos españoles de Marruecos, los informantes de Tetuán contaron que la lechuza —a la que nunca llamaban así, sino *bruša* ‘bruja’— es especialmente dañina para las criaturas, a las que maldice con su grito —«Baldonan una baldisjón mwi mala i no la comprendemos i esa baldisjón ¿ké es? De noçe siempre se pone en la kúpa “kúbba” del forno o en los su:báik [‘reja’] del terrado i ai dize su baldisjón a las criaturas...», y, cuando un niño enferma, creen que está “ai-reado de la del terrado”, esto es, enfermo por influencia de la lechuza. Si cogen una, «la llevan por las casas y las mujeres que crían le echan leche en la boca»<sup>24</sup>. Lo anterior permite confirmar la vida de esa creencia, aunque sea en un ámbito extrapeninsular y en contacto con el mundo árabe, pero no deja la explicación etimológica a merced únicamente de las formas cántabras y de los testimonios clásicos<sup>25</sup>.

En la Península la forma occidental es *coruja*, presente en asturiano y leonés *coruxa*, *curuxa*, con extensiones extremeñas, y en gallego *curuxa* y portugués *coruja*, que reaparece fuera de la Península como designación habitual en las Canarias, probablemente uno más de los portuguesismos encubiertos de las Islas<sup>26</sup>. Para Corominas es voz de origen desconocido, de un bajo latín *curusa*, que se da como ‘ave que anda de noche’ en los Glosarios del Escorial<sup>27</sup>. En Canarias el masculino *corujo* es el coco, el fantasma, el ser imaginario con el que se asusta a los niños<sup>28</sup>, que incorpora el antiguo

<sup>22</sup> V. la nota 2 del artículo de S. G. Armistead y J. T. Monroe, *La Corónica* 11, 1983, pp. 185-186.

<sup>23</sup> «Américo Castro in Morocco: The Origins of a Theory?», *Américo Castro: The Impact of His Thought*, ed. R. E. Surtz et al., Madison, Wisconsin, 1988, pp. 73-82.

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 80.

<sup>25</sup> Que no aparece en los materiales de encuesta.

<sup>26</sup> Vid. J. Pérez Vidal, *Los portugueses en Canarias. Portuguesismos*, Las Palmas de Gran Canaria, 1991.

<sup>27</sup> S.v. *acurrucarse*. Quizá pudiera suponersele una base onomatopéyica *cu-* con un sufijo *-uja*, *-uxa*, sorprendentemente cercano a *-uza*. También podría relacionarse con *bruja* y con las rimas infantiles de *Bruja piruja*.

<sup>28</sup> C. Corrales, D. Corbella, M<sup>o</sup> Á. Álvarez, *Tesoro lexicográfico del español de Canarias*, Madrid, 1992, s.v. *coruja*.



miedo popular y lo transmite a las nuevas generaciones. No hay que olvidar que en muchas culturas las aves se han considerado portadoras de espíritus, pues se creía que el alma humana volaba al cielo y podía regresar en forma de pájaro, o simplemente el alma se “externaba” en un animal familiar que, en las tribus de África Occidental, en el caso de una hechicera, podía ser una víbora, una serpiente, pero también un buitre, un búho o cualquier otra ave nocturna<sup>29</sup>. En la cultura occidental existe una larga tradición según la cual la lechuza, el búho y en general las aves nocturnas son, en realidad, brujas o espíritus. Vísceras o plumas de lechuza son ingredientes habituales de filtros y pocimas mágicas<sup>30</sup>. La lechuza es, por tanto, una fuerza del mal, aliada del demonio, una bruja que chupa la sangre o intenta dar de mamar a los niños en la cuna, especialmente a los no bautizados, más expuestos a estos seres infernales. Rasgos de harpía, vampiro y murciélago se mezclan en la lechuza-bruja, de la que los niños han sido siempre las principales víctimas: todavía hoy está muy generalizada la creencia de que la bruja se lleva a los niños, les chupa la sangre o, simplemente, con su mirada – “el mal de ojo” – les hace perder la salud y consumirse<sup>31</sup>.

De antiguo el grito de la lechuza se ha considerado, como hemos visto, mal agüero<sup>32</sup>, anuncio de castigos y desgracias. Así lo refleja Quevedo y así lo creen los campesinos de Carcastillo (Navarra), para quienes anuncia muerte<sup>33</sup>, y, según Covarrubias, así lo creían los egipcios<sup>34</sup>. En San Roque de

<sup>29</sup> J. G. Frazer, *La rama dorada*, Madrid, 1944, especialmente pp. 766-775, «El alma externada en animales».

<sup>30</sup> V. Oliphant, art. cit., p. 137, donde se recogen testimonios de Horacio, Propercio y Ovidio.

<sup>31</sup> En toda Castilla-La Mancha he documentado la creencia del mal de ojo y los distintos procedimientos para deshacerse de él, y no cabe duda de que su extensión es mucho mayor. Es especialmente frecuente que “se les haga” a los niños pequeños con la excusa de hacerles carantoñas; por eso hay madres que desconfían de las señoras mayores que elogian lo bien que se cría el niño, y evitan exponerlo a su mirada.

<sup>32</sup> De nuevo hay que acudir a las citas de Tibulo, *et e tectis strix violenta canat* (“y desde los techos cante la estrige violenta”), o de Séneca, *hic vultur, illic luctifer bubo gemit / omenque triste resonat infaustae strigis* (“aquí gime el buitre, allí el luctuoso búho, y resuena el presagio triste de la infausta lechuza”), etc., reunidas por Oliphant, art. cit., pp. 137-139.

<sup>33</sup> Figura como nota en Na 600, en el mapa 462 del *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Aragón, Navarra y Rioja*, IV, (M. Alvar, con la colaboración de T. Buesa, A. Llorente y E. Alvar, Madrid, 1979-1983).

<sup>34</sup> S. de Cobarrubias, *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, (1611), Madrid, 1979, s.v. *lechuza*: «Teníanla también los egipcios por agüero de muerte, por lo que simbolizan

Crespos (Orense), junto a *curuxa*, que es segunda respuesta, se la llamó *pas-saro da morte*. También los campesinos de Lanzarote hicieron comentarios en las encuestas sobre su grito inquietante: «Llora como una persona» (Haría), «Llora como un niño» (Femés), «uno llora, ella llora también» (Puerto del Carmen)<sup>35</sup>.

Finalmente está muy extendida la creencia de que la lechuza bebe el aceite de las lámparas de las iglesias<sup>36</sup>, porque se acercaba a las lamparillas de aceite con las que antiguamente se alumbraba, ya que cerca había polillas y otros insectos que iban a la luz<sup>37</sup>. Esta creencia trascendió lo popular y aparece como explicación etimológica ya en Covarrubias:

Díxose *lechuza* quasi *lecythusa*, del nombre *lecythus*, que vale *azeitera*, y es tanto como si dixésemos *ave azeitera*, por quanto acude a comerse el azeite de las lámparas y de otra qualquiera parte donde puede hallarlo<sup>38</sup>.

Explicación que el primer diccionario académico, el Diccionario de Autoridades, retoma casi al pie de la letra<sup>39</sup>. Reflejo de esta creencia son *lamparilla* (Retuerta, Burgos) y *chupalámparas*, respuesta que dio, junto a *lechuza*, un informante de Castrobol (Valladolid), y que tiene semejanza evidente con los casos catalanes de *xuca-oli* 'chupa-aceite'<sup>40</sup>. *Coruha acei-tera*

---

entre sí la muerte y la noche» (s.v. *lechuza*). También anuncian enfermedades o muerte en Carolina del Norte (*Popular beliefs and Superstitions from North Carolina*, ed. by Wayland D. Hand, The Frank C. Brown Collection of North Carolina Folklore, Durham, vol. VI, 1961, p. 106; vol. VII, 1964, pp. 22, 69).

<sup>35</sup> M. Alvar, *Atlas Lingüístico y Etnográfico de las Islas Canarias*, I-III (I, mapa 305, Lz 1, 3 y 30 respectivamente), Las Palmas, 1975-1978.

<sup>36</sup> V. Bernis, ob. cit. De hecho en los atlas lingüísticos, para facilitar su identificación, se ha preguntado por un "pájaro grandecito que está en la torre de las iglesias y bebe el aceite de las lamparillas".

<sup>37</sup> Bernis añade que se atribuye a la picaresca de los sacristanes, que sisaban el aceite, la difusión interesada de esta creencia.

<sup>38</sup> Ob. cit., s.v. *lechuza*.

<sup>39</sup> Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades*, (1726-37), ed. facsímil, Madrid, 1984.

<sup>40</sup> Vid. J. Coromines, *Diccionari etimològic i complementari de la Llengua Catalana*, I-IX, Barcelona, 1983-1995, s.v. *òliba*, donde señala que la creencia de que chupa aceite de las lámparas se extiende a la zona provenzal y de lengua d' oc, y recoge del DCVB de A. Ma. Alcover y F. de B. Moll (*Diccionari Català-Valencià-Balear*, 1-13, Palma de Mallorca, 1930, s.v. *òliba*) el dicho de Alcoy «uns fan l' òbila y atres es beuen l' oli», donde *òliba*, *òbila*, que para Coromines procede sin duda alguna del germánico *uwwila*, es reinterpretado por etimología popular a través de *oli* 'aceite'. *Oliba* es forma generalizada en Teruel en la zona de contacto con el catalán, y también en Castellón.

la llaman en Extremadura, en las localidades de San Benito de la Contienda y de San Vicente de Alcántara<sup>41</sup> y, según Bernis, en Cáceres se le pregunta: «*coruha*, ¿quieres aceite?».

Antonio Machado recogió esta creencia popular en *Nuevas canciones* (1917-1930)<sup>42</sup>:

<p>[...]</p> <p>II</p> <p>Sobre el olivar, se vio a la lechuza volar y volar. Campo, campo, campo. Entre los olivos, los cortijos blancos. Y la encina negra, a medio camino de Úbeda a Baeza.</p> <p>III</p> <p>Por un ventanal, entró la lechuza en la catedral.</p>	<p>San Cristobalón la quiso espantar, al ver que bebía del velón de aceite de Santa María. La Virgen habló: Déjala que beba, San Cristobalón.</p> <p>IV</p> <p>Sobre el olivar, se vió a la lechuza volar y volar. A Santa María un ramito verde volando traía.</p> <p>[...]</p>
--	--

Esta imagen popular, la de una lechuza ladrona de aceite, resulta la más viva; sin embargo, quizá por ser la creencia más reciente, son pocos los nombres que motiva. Y mientras entre los cultos sigue pesando la imagen clásica de la sabia lechuza insomne, *lechuza*, la voz más general, encubre motivaciones y creencias antiguas que ya no se perciben<sup>43</sup>.

**Pilar García Mouton**

Instituto de la Lengua Española. CSIC

<sup>41</sup> A. Viudas Camarasa, *Diccionario extremeño*, Cáceres, 1988<sup>2</sup>.

<sup>42</sup> *Poesie*, ed. a cura di O. Macrí, Milano, 1961, pp. 640-644.

<sup>43</sup> Las creencias suelen responder a grandes estratos muy antiguos y cobran su sentido más verdadero en un marco lo más amplio posible. Las de la lechuza podrán contextualizarse en el IV vol. del *Atlas Linguistique Roman*, que publicará, en Roma, el Istituto Poligrafico e Zecca dello Stato.

